

Editorial

Una de las formas tradicionales que han tenido los seres humanos para lograr permanecer a través de los años, es mediante la generación de aportes al conocimiento, que pueden ser utilizados, inclusive, cuando los autores de esas ideas ya no están de forma física.

Este legado se ha preservado bajo múltiples formas, por ejemplo, las pinturas rupestres en las cuevas de Lascaux, donde la fauna que coexistía con los seres humanos en el Paleolítico fue inmortalizada; o manifestaciones más elaboradas que nos sorprenden y nos permiten conocer las cosmovisiones, como en las culturas maya y azteca.

Posteriormente, las grandes bibliotecas del mundo fueron establecidas como centros del conocimiento al que pocos podían acceder; después su multiplicación, su expansión territorial y después la imprenta, contribuyeron difundir la palabra escrita con su sentido y significado.

Hoy, los libros siguen publicándose, las imprentas aún existen. Tan solo en América Latina las obras impresas con ISBN rondan los 200 mil títulos cada año. Con la masificación de los dispositivos electrónicos, muchos afirmaron la cercana sepultura del libro impreso, sin embargo, por varios detalles como la sensación de hojearlo e incluso de sentir su aroma, la posibilidad de guardar, coleccionar y compartir, y por supuesto, la independencia de una conexión electrónica o de baterías —ya que su único requerimiento es la sola necesidad de una fuente de luz—, el libro continúa teniendo adeptos por millares en el mundo.

Actualmente, las rápidas conexiones de las redes digitales, así como los múltiples medios de almacenamiento y sus increíbles capacidades, dan nuevas formas de comunicación: YouTube, Vimeo, Facebook, Twitter o Instagram, que constituyen entornos que han hecho normales nuevos mecanismos, esta vez virtuales, para transmitir y hacer disponibles en un clic esos conocimientos. Las grandes bibliotecas del mundo cuentan con *community managers* para administrar sus redes sociales.

En ese sentido, la *Revista Geográfica* —aquella que nació en 1941 con las ideas de William Bowie, Wallace W. Atwood, y Pedro Sánchez, y con sus primeros editores los doctores Pedro Carrasco, Manuel Medina y Jorge Vivó— se ha enfrentado a esta dinámica. Fundada como un medio para divulgar la investigación científica que genera y apoya el IPGH, su origen se remonta a los albores de esta noble institución panamericana, la que ha continuado por más de 90 años formando parte de los acervos y estanterías de las bibliotecas de varios países del continente.

El IPGH a través de una compleja y tradicional estructura financiera, política, económica, científica y administrativa, ha logrado adecuarse a nuevos escenarios. Así se mantienen en la retina y en el tímpano la reingeniería, el Plan Estratégico de Modernización, la Agenda Panamericana, el Plan de Acción Conjunto y el Plan de Desarrollo Estratégico Institucional, que han guiado sus acciones durante los últimos años. Es una organización abierta a la comunidad panamericana, con una perspectiva de gran multiplicidad cultural, social y ambiental, pero es esa diversidad la que nos ha permitido afrontar retos diversos, a través de los cuatro pilares científicos tradicionales del IPGH.

Esta, la edición número 160, con ya cerca de 80 años de vida, es la última que se produce a través de los procedimientos tradicionales de la edición. A partir del año 2020, la Revista estará inserta completamente en el *Open Journal System*, (OJS), un moderno sistema de gestión editorial creado por el *Public Knowledge Project*, que facilitará el diálogo entre editores, autores, revisores y correctores, acelerando y profesionalizando en lo digital el proceso de la edición. En un proyecto de más largo desarrollo, permitirá ir progresivamente colocando en línea la colección de artículos de estas ocho décadas, permitiendo, de esta forma, admirar, reconocer y hacer totalmente disponible, todo el gran aporte que ha hecho IPGH a la Geografía y al conocimiento panamericano a través de su Revista.

Dr. Hermann Manríquez Tirado
Editor

Editorial

One of the traditional ways that human beings have had for managing to remain in place over the years is through the creation of contributions to knowledge, which may be used, even when the authors of these ideas are no longer there in physical form.

This legacy has been preserved in multiple forms, for example, the rock paintings in the caves of Lascaux, where the fauna that co-existed with human beings in the Paleolithic was graphically immortalized; or the more elaborate productions presented which surprise us and let us get to know visions of the universe, such as in the Mayan and Aztec cultures.

Later, the major libraries of the world were established as centers of knowledge to which some few were able to access; then, resulting from their becoming more numerous, distributed across territories and the arrival of printing, they contributed to spreading the written word with its sense and meaning.

Nowadays, books continue to be published and the printing firms are still there. Just in Latin America, printed works with ISBN number about 200 thousand titles each year. As electronic devices and media become ubiquitous, many have stated that the death and burial of the printed book is near; nevertheless, due to the various details such as the sensation of leafing through it and even feeling its scent, the possibility of keeping, collecting, and sharing it, also of course the independence from an electronic connection or from batteries —given that the only requirement of electronic media is the sole need for a source of electricity—, the book continues to have thousands of devotees in the world.

Currently, the fast connections of digital networks, also the various means for storage and their incredible capacities, provide new forms of communication: YouTube, Vimeo, Facebook, Twitter or Instagram, which constitute environments that make it normal for new mechanisms, this time virtual ones, to transmit and make available this knowledge at one click. The major libraries of the world have “community managers” to run their social networks.

In this sense, the *Geographic Journal* —which was born in 1941 with the ideas of William Bowie, Wallace W. Atwood, and Pedro Sánchez, and with its first editors being doctors Pedro Carrasco, Manuel Medina and Jorge Vivó— has been faced with this ongoing situation. Founded as a means for making known the scientific research that the PAIGH sets up and supports, its origin goes back to the beginnings of this noble Pan-American institution, which has continued for more than 90 years, forming part of the heritage and holdings on shelves of the libraries of several countries of the continent.

The PAIGH, through a complex and traditional financial, political, economic, scientific and administrative structure has managed to adapt itself to changing scenarios. In this way, that which has guided its actions during recent years —re-engineering, the Strategic Modernization Plan, the Pan-American Agenda, the Joint Action Plan and the Plan for Strategic Institutional Development— have stayed in the public eye and hearing. It is an organization open to the Pan-American community, with a viewpoint covering multiple cultural, social and environmental aspects; but it is this diversity that has made it possible for us to face various challenges, through the four traditional scientific pillars of the PAIGH.

This issue, number 160 of this journal with close to 80 years of life, is the last one to be produced through the traditional publishing procedures. From the year 2020 onwards, the Journal will be completely incorporated into the “Open Journal System”, (OJS), a modern system for editing and publishing management created by the Public Knowledge Project, which will facilitate dialogue among managing editors, authors, and copy editors, making the digital parts of the editing process faster and more professional. In a project for development in the longer term, it will enable the collection of these eight decades to be gradually posted on line, making it possible, in this way, to admire, recognize and make completely available the whole of the major contribution that the PAIGH has made to Geography and to Pan-American knowledge through its Journal.

Dr. Hermann Manríquez Tirado
Editor